



JACQUES BOUVERESSE, *Nietzsche contra Foucault. Sobre la verdad, el conocimiento y el poder*, Ediciones del subsuelo, 2020, 158 pp. ISBN: 978-84-947802-8-8.

Jacques Bouveresse es un filósofo francés, experto en Wittgenstein y en la filosofía analítica, entre cuyas obras destacan *Wittgenstein y la estética*, *El filósofo entre autófogos. Una visión crítica de las corrientes actuales de la filosofía francesa o Prodigios y vértigos de la analogía. Sobre el abuso de la literatura en el pensamiento*. En *Nietzsche contra Foucault. Sobre la verdad, el conocimiento y el poder*, Bouveresse lleva a cabo un minucioso estudio del pensamiento del filósofo francés Michel Foucault así como también del de Friedrich Nietzsche, contraponiendo la lectura foucaultiana de Nietzsche con los mismos textos nietzscheano. Todo ello lo hace con el objetivo de examinar “hasta qué punto se puede y hasta qué punto consiguió Foucault efectivamente pensar de otra manera sobre asuntos como la verdad, la objetividad, el conocimiento y la ciencia” (pp. 21-22).

Para examinar la altura histórica del concepto foucaultiano de “verdad”, Bouveresse comenzará recordando la distinción establecida por Vicent Descombes entre dos Foucault o, mejor dicho, entre dos maneras distintas de entender no sólo la obra, sino también la figura del “intelectual específico” —expresión con la que Foucault se sentía representado a la hora de referirse a su labor académica—. Descombes y Bouveresse hablan de un Foucault americano y un Foucault francés. El primero se trataría de un Foucault que desconfía de cualquier tipo de discurso que se presente con una pretensión de objetividad o de verdad, pero que, al mismo tiempo, se presenta en cierto sentido como un heredero de la Ilustración. Se trataría de la recepción foucaultiana que encontramos entre algunos autores pragmatistas, que ven en su pensamiento un arsenal de herramientas conceptuales con las que defender la democracia liberal, todo ello bajo la idea —y aquí es donde encontraríamos la herencia de la Ilustración— de que el conocimiento —aun cuando aquello que se conoce es la inexistencia de cualquier discurso objetivo— corre parejo con el progreso y con la emancipación. Conforme a lo dicho, el Foucault americano sería una especie de ironista liberal rortyano. Por otro lado, Bouveresse, siguiendo a Descombes, nos presenta un Foucault francés, menos amigable con el proyecto de la Ilustración, y que buscaría llevar los planteamientos nietzscheanos a su máxima expresión, sugiriendo “que ha llegado el momento de deshacernos por completo de conceptos tales como verdad y objetividad, e intentar pensar con otros” (p. 19).

El Foucault que le interesa a Bouveresse es el Foucault francés. Esto se ve justificado, en primer lugar, por el hecho de que el concepto de “verdad” del Foucault americano no haría más que desarrollar en la tradición de la filosofía continental el concepto pragmatista de verdad y, en segundo lugar, porque no parece que éste último se corresponda con las intenciones del autor francés. En última instancia, a ojos de Bouveresse Foucault es, principalmente, un nietzscheano y esa es la razón por la que el autor de la obra aquí reseñada decide partir del pensamiento de Nietzsche para

examinar si la filosofía de Foucault introduce verdaderamente alguna novedad en torno al concepto de “verdad”.

Así pues, *Nietzsche contra Foucault* —que recoge una conferencia pronunciada en el Centro Pompidou en 2000, titulada *La objetividad, el conocimiento y el poder*, y un ensayo inédito que lleva el nombre de *Consideraciones sobre el problema de la verdad en Nietzsche y sobre Foucault como lector de Nietzsche*— analiza de manera paralela el pensamiento de Foucault y el de Nietzsche, con la intención de examinar, partiendo de este último, la veracidad y la novedad de la propuesta del autor francés.

Para tratar el pensamiento de Foucault, Bouveresse se centra especialmente —tal y como destacan también los editores franceses de la obra: Benoît Gaultier y Jean-Jacques Rosat— en las *Lecciones sobre la voluntad de saber*, que se corresponden con las primeras lecciones que impartió Foucault en el Collège de France en el curso 1970-1971. Las obras publicadas de Foucault suelen agruparse en dos conjuntos de publicaciones distintas: un primer grupo —que recoge obras como *La voluntad de saber* o *Vigilar y castigar*— que se corresponde con una serie de obras con un marcado carácter metódico y en las que Foucault publicó los resultados de su investigación y un segundo grupo de obras —entre las que encontramos las *Lecciones sobre la voluntad de saber* o *La sociedad punitiva*— que son el resultado de las lecciones que Foucault impartió en el Collège de France y que han sido reconstruidas a partir de los apuntes del autor así como también a partir de los apuntes y las grabaciones realizadas por parte de algunos de los asistentes. Este segundo grupo responde a una serie de trabajos de exploración, en las que el autor muchas veces se dedica a investigar, a trabajar con diferentes hipótesis interpretativas que no siempre serán igual de fructíferas y que no tenían el objetivo de ser publicadas.

Por otro lado, al examinar el pensamiento de Nietzsche, Bouveresse se centrará especialmente en las últimas obras del autor alemán, prestando especial atención tanto a *La gaya ciencia*, como a *El anticristo*. A partir de este conjunto de obras nietzscheanas, Bouveresse argumentará que Nietzsche, a diferencia de Foucault, sí que llegó a defender que puede existir un conocimiento verdadero, dando cuenta así de que el intento, por parte de Foucault, de sobrepasar la noción clásica de “verdad” no es realizable. Partiendo, por ejemplo, del párrafo 50 de *El Anticristo* Bouveresse nos recuerda que para Nietzsche “el servicio a la verdad es el más duro de los servicios” (*El Anticristo*, 50). No obstante, la razón por la que Bouveresse se centra principalmente en las obras más tardías de Nietzsche no reside únicamente en que en estas obras es donde encontramos a un Nietzsche más comprometido con la verdad, sino porque son justamente estas obras las que parece que Foucault no llegó a examinar con detenimiento. Cabe decir que no deja de ser reseñable que Bouveresse caiga en el mismo error que él mismo le achaca a Foucault: no haber tratado con detenimiento más que las obras más tempranas del autor analizado. Y es que, como se ha mencionado, la obra principal a partir de la cual Bouveresse realiza su examen del pensamiento de Foucault se corresponde con el primer curso que éste impartió en el College de France. Apenas encontramos referencias a los últimos cursos que impartió el autor francés, así como tampoco se detiene en analizar sus obras metódicas, que no se corresponden con el “trabajo de laboratorio” que Foucault quería que fuesen sus lecciones, siempre planteadas como si de un seminario se tratase.

El gran motivo que empuja a Bouveresse a lo largo de la obra aquí reseñada consiste en esclarecer las ambigüedades que trae el concepto foucaultiano de “verdad” en su aspecto semántico. Siguiendo el modo de hacer filosofía de la filosofía analítica, Bouveresse busca clarificar la realidad proposicional que tiene la verdad en el pensamiento de Foucault, olvidando, tal vez, que la preocupación principal de

Foucault —así como también de Nietzsche— es el aspecto pragmático de la verdad. “¿Cuál es la influencia de la verdad sobre el sujeto?” es la pregunta que vehicula la reflexión foucaultiana, desde sus *Lecciones sobre la voluntad de saber* hasta su tratamiento del concepto clásico de *parrésia*. La relación de la verdad y el discurso con el sujeto es la razón por la que Foucault y Nietzsche relacionan el poder con la verdad, siendo el objetivo de ambos autores —y aquí encontramos una de las razones por las cuales sí podemos decir que ambos son, en cierto sentido, herederos de la Ilustración— encontrar un discurso con pretensiones de veracidad que respete la capacidad de autotransformación del sujeto, su autonomía.

Bouveresse concluye su obra tratando el concepto de “aleturgia” (pp. 144-158), introducido por Foucault en el curso del Collège de France titulado *El gobierno de los vivos* (1979-1980), con el que “busca designar el conjunto de formas diversas en que lo verdadero puede manifestarse” (p. 144). Este concepto muestra la impronta heideggeriana en el pensamiento de Foucault. La aleturgia foucaultiana no va más allá de ser una plasmación de la idea de *aletheia* heideggeriana, que en el Heidegger post-*kehre* sirve para designar a la verdad como “apertura del ser”, como condición de posibilidad de que el ser del ente se nos haga accesible. Cabe recordar que la lectura heideggeriana de la *aletheia* es el elemento a partir del cual Foucault relacionará la verdad con el sujeto. Si en Heidegger la *aletheia* es la condición de posibilidad de que se nos presente en un estado abierto el ser de los entes —la aperturidad misma del *Dasein*—, lo que viene a desarrollar Foucault es que esa misma condición de posibilidad de que el ser se nos dé en un estado abierto, cuando el ente en cuestión es el sujeto, viene a transformar a este mismo. Justo porque la *aletheia* posibilita el discurso sobre el ente, cuando se trata de un discurso sobre el sujeto, el elemento posibilitante de tal discurso es también un elemento transformador. Es de esta manera como Foucault entiende que la verdad puede ejercer un poder sobre el sujeto. Aquí, por otro lado, si Nietzsche se encuentra presente no es tanto por la lectura que de este hace Foucault, sino por la que hace Heidegger. La influencia de Nietzsche en la gran parte de la obra de Foucault se encuentra mediada por la interpretación heideggeriana de la “voluntad de poder”, que considera que la obra de Nietzsche vendría a identificarse con una “metafísica de los valores”.

Rubén Alepuz Cintas